

Málaga antigua

Del Rebalaje al Chinitas

El mar, los pregones y el cante marcaron la vida del paleño el Niño de las Moras

Juan Ternerero Rodríguez nació para la historia de la Málaga «marinera», «pregonera» y «cantaora», en el número 11 del empuinado callejón del Atillo, de la mala-gueña barriada de El Palo, cierto día del año 1886. Sus apellidos, embrujados acaso por la trilogía romántica de su folclore, se desdibujan como fantasmas al amanecer: «Rodríguez Mingorance» lo nombra García-Herrera; «Ternerero Mingorance» reza en su monumento en la plazoleta de El Palo; «Ternerero Rodríguez» se manifiesta en su partida de defunción. Parece sobrenatural tan marcado confusiónismo literario al denominar sus apellidos, pero también sus apellidos, pero también sus apellidos, exaltados por los poetas: el mar, el pregón callejero y el cante.



Dibujo de el Niño de las Moras, realizado con motivo del homenaje que se le brindó en 1967

H. ZURITA

Tres estampas románticas de la Málaga de finales de siglo, observadas por propios y extraños con marcada benevolencia, donde sorprende que se contemplan sólo como anécdotas pintorescas, sin ahondarse en el documento humano que comportan los esfuerzos de los jабegotes tirando de la tralla un frío amanecer, el desamparo de los famélicos vendedores del subdesarrollo, o las «duqueñas» de aquellos artistas flamencos que sufren cantando las penas de otros.

Su meta era el café de Chinitas y a él llegaría el Niño de las Moras desde el rebalaje paleño, dejando en el camino los mejores años de su vida. Su espíritu, influenciado desde su más tierna edad por el cante de los jабegotes, quedaría marcado para siempre con el estigma del flamenquismo de la época. Su faceta de pregonero le valdría su nombre artístico y el reconocimiento a su creatividad por ese pregón «asoleo», vivo piropro a la mujer malagueña, que repetiría incansablemente hasta el final de sus días, y que le llevaría por los caminos del cante, opción válida para salir de la marginación y el subdesarrollo a que estaban aboca-

dos los jóvenes de condición humilde y en la que muchos fracasarían.

EN EL REBALAJE

Juan, Juanillo, Juanico... desde su más tierna edad se nos muestra ya como una criatura extrovertida. «Espabilao» como ninguno, preguntón y redicho, es un personajillo que se mete en todas partes y de todo quiere saber. Todos son sus amigos y él es amigo de todos.

Apenas se tiene en pie y ya retoza entre las piernas de los curtidors margengos, de los que consigue la mayor de las veces un piropro o unas palabras amables; otras, cuando el día se ha dado bueno, unas monedas que se pier-

den cuando llega a su casa feliz por el regalo. Sin apenas darse cuenta se encuentra ayudando en las tareas más sencillas y que requieren poca fuerza física.

Un día está presente mientras los patrones sortean los puestos para faenar con una mugrienta baraja de cartas. Otros le suben a la pesada jábega o a la más moderna barquilla, antes aún de quitarle los calzos para deslizarla hasta el rebalaje, pasillo que se repite con asiduidad, como rito candoroso de superstición, por considerarse que Juanillo «trae suerte».

Asiste, arrimado al patrón, curioso y expectante, al trabajo sistemático de acomodar el arte en la bodega, entre el buchín y el banco

su casa la tralla que su padre utilizó cuando niño y de la que se apropió. Estaba la bandolera confeccionada con una tira de alfombra vieja en el que todavía se podía ver un difuso dibujo floral. Hubo que cambiarle el cabo y el cuero que lo remataba así como la corcha, pero quedó bastante cómoda para su estatura y se creyó un hombre tirando del copo.

«Espabilao» como ninguno, preguntón y redicho, el Niño de las Moras es un personajillo que se mete en todas partes y de todo quiere saber

Juanillo también pone una nota de alegría en el rebalaje. A su garganta de ruiseñor se le acoplan los trinos enronquecidos de los jабegotes mientras reparan las redes o efectúan labores de conservación del aparejo. Se cuela en fiestas familiares, en ventorrillos y tabernas, y se le pegan al oído los cantos playeros y esos otros que se ponen de moda en los cafés de cante, de largos tercios y que no sirven para bailarlos las mozas, por estar arreglados de forma que sea el cantaor y sólo el cantaor el rey de la fiesta. Pero esta es la parte alegre de la copla. Juanillo tiene que trabajar duro, como toda su familia, pasando frío y necesidades desde su más tierna infancia.

Así las cosas, no es de extrañar que las cualidades de Juanillo para el cante fueran traspasando su propio ambiente. La primera vez que esto ocurre fue cierto día,

repetición de tantos otros en que el orgulloso levante le había ganado la baza al ardiente terral, al tercer intento, como suele acontecer desde el principio de los tiempos. Habiéndose tenido que varar las barcas, con la ayuda del torno, fuera del alcance del codicioso oleaje, lejos estaba Juanillo de pensar que perdería su vocación marinera a consecuencia del influjo crematístico de cuarenta duros, ganados tan fácilmente que no podía creérselo.

El patrón, intuyendo que a la caída de la tarde podía amainar el temporal y se podría calar a prima, temeroso de que se le desmandara el personal, que ya había hecho varios viajes al ventorrillo de Miguel «El Sardina», donde unos señoritos estaban de comilona, se le ocurre entretener la espera pi-

diéndole a Juanillo que cantara una coplilla. «Como es natural me arrancó por verdiales para agradecer a mi patrón y no más que terminar vemos llegó a unos señores que se dirigen al amo diciéndole: Amigo, ¿cuánto vale el copo que van a sacar?».

Málaga antigua

«Yo me decía: Juan tú que apuntas bien al cante y tienes güena voz, ¿por qué no pruebas a pregonar cantando?», apuntaba el Niño de las Moras

«Yo me decía: Juan tú que apuntas bien al cante y tienes güena voz, ¿por qué no pruebas a pregonar cantando?», apuntaba el Niño de las Moras

enchaja, sin darse cuenta, en el Camino Nuevo, con la cestilla al brazo sin estrenar, cuando un curioso espectáculo vino a sacarlo de su abstracción, haciéndole pensar en cambiar la forma de ofrecer la mercancía.

«... Subiendo despacio la cuesta vi que delante mía marchaba un carrillo tiro por un mal borrico, repleto hasta arriba de verduras. Sujetaba el ronzal un hombre entrado en años y tras el carro caminaba perezosamente un chava como de siete u ocho años. El hombre no pregona y nadie se acercaba a comprarle, pero llegando cerca de la calle la Victoria, para el carro y con güena voz, cantando, se dirige al niño: «Anda Zarapico... anda/ que ya es tarde...».

Pero no queda ahí la cosa. Como si de un sainete se tratara, el chava contesta diligente con voz lastimosa: «Ay papaito! Yo no pueo andá/ se m'ha roto la alpargata/ y m'he clavao un cristá». El padre de la criatura le anima, cantando a todo pulmón con aire de fandango: «Haz un esfuerzo/ que ya es tarde,/ y en la calle de Mármol/ unas nuevas te voy a comprá». Juanillo, testigo circunstancial de tan inusitada representación callejera escuchaba «embobao» la escena sin llegar a entender del todo el motivo de tan lastimera parodia, fuera de lugar por la inexistencia de clientela, hasta que ve llegar, por todas partes, presurosas mujeres que se arraciman ante

PREGONERO

«... Me dediqué a vender moras. Con un canastillo salía de mi casa y andando, andando llegaba hasta la calle de la Victoria, subiendo por el Camino Nuevo, vengá vocear... ¡Moras, mauritas... las moras!».

Llegaba a mi casa con los pies estrozaídos, ronco y algunos días sin haber logrado vender todo el género».

Toda su vida estaría marcada por el estigma de las «mauras». Niño de las Moras fue su nombre artístico, del que se sentía orgulloso, alternando la venta ambulante, primero, en su etapa de jабegote, y después «en esa varailla del año en que el arte flamenco tiene sus días de perros».

No era fácil vender las moras, no. Algunas veces se desespera al volver a su casa sin agotar la mercancía, después de toda una jornada pateando la calle, voceando la excelencia del jugoso fruto con los pies destrozados de tanto caminar. El abatimiento lo embarga con frecuencia, pero tiene que llevar a casa un jornal y saca fuerzas de flaqueza.

Uno de esos días de profundo abatimiento, con el ánimo por los suelos, Juanillo sale de su casa pensando en sus tribulaciones y se

«El que no compraba, sólo por oírme detenía el paso. Empecé a tomar fama por las coplas y todo el mundo conocía al Niño de las Moras», decía Juan Ternerero



Imagen típica de el Niño de las Moras, pregonando con su cestillo de frutas; el dibujo lo ha realizado Luis Bono

el carro y en un periquete lo dejan limpio.

«Sentao en una piedra pensé un buen rato en lo que había visto. Vendí las moras como pude y aquella noche me costó trabajo dormir. Dando güertas en la cama pasé la noche y reinando siempre en lo mismo. Yo me decía: Juan tú que apuntas bien al cante y tienes güena voz, ¿por qué no pruebas a pregonar cantando?... Se me ocurrieron dos coplas que con el pasar del tiempo repetí cientos de veces.»

Muy de mañana, sin apenas haber pegado ojo en toda la noche, recorre el camino del huerto donde le cambiarían la extinta canastilla por una repleta de fruto, recogido la tarde anterior y colocado, como siempre, por expertas manos fameninas en superpuestos lechos de verdes hojas.

COPLAS

Rimoso, pensativo, manejando difíciles vocablos que no querían disponerse en orden coplero, Juanillo va por todo el camino ensayando por «bajini». Cuando llega al Limonar se desea suerte y lanza la primera copla: «Asomarse a los barcones/ mujeres guapas y hermosas/ y veréis vendé las moras./ ¡Moras, mauritas... las moras!».

Más adelante, ya entrando en el Camino Nuevo, lanza su segundo pregón: «Al moral me voy./ del moral me vengo./ al amo las compro./ por las calles las vendo./ ¡Moras, mauritas... las moras!».

«En un santiamén vendí las moras. Mi canto era por malagueñas asoleas. El que no compraba, sólo por oírme detenía el paso. Empecé a tomar fama por las coplas y todo el mundo conocía en Málaga al Niño de las Moras.»

Su pregonar causó sensación y no sólo por la juventud del voceador. De sus coplas se desprendían

ánimo ante la perspectiva de tener que volverse con la mayor parte del fruto sin vender.

El pregón, contagiada su humildad con la tristeza del pregonero, se había ido convirtiendo en un lamentoso «asoleo» que no incitaba a la degustación del bondadoso fruto. Ya en calle Atarazanas, unos marchantes sentados ante un velador, en la puerta de un cafetín frente al mercado, le hacen señas para que se acerque. Juanillo les ofrece su mercancía sin mucho convencimiento, dudando de que después de tomar café y copa aquellos señores quisieran moras. Más bien tendrían ganas de guasa y conversación.

PREGON

No iba muy descaminado nuestro rapazuelo. Sólo querían oír el lastimoso pregón, triste caricatura de aquel alegre y esperanzador con el que había iniciado el periplo. No bien hubo terminado Juanillo su copla, cuyos ecos dejaron traslucir toda la fatiguita generada durante el día, se levanta el más «mauro» de la reunión y dándole un desaforado padatón a la cestilla, que descansaba en el suelo, desparrama olor, sabor y color por la acera, ante la estupefacción del pregonero que no sale de su asombro.

Esa noche tampoco pudo dormir. Los señoritos eran unos «afisionaos». Lo engatusaron con la promesa de un buen regalo y cuando quiso darse cuenta estaba en un coche de tiro, camino de Las Terrazas, ya la conocida venta de Ciudad Jardín.

Allí lo hicieron cantar y no había terminado la primera copla cuando todos los que estaban en la venta se arremolinaron a su entorno. Cada vez que llegaba alguien importante tenía que iniciar el repertorio. Después de dos horas cantando, entre aplausos y piropros, lo dejaron ir con mil pesetas, una pequeña fortuna ganada apenas sin esfuerzo.

Lo emplazaron para otro día y así fue entrando en el mundillo flamenco. Aprendiendo de los cantaores que recorrían las ventas de Málaga de principios de siglo, era cada vez más conocido de la afición y rara era la reunión de cabales en la que no estuviera presente. El café de Chinitas lo reclama, obteniendo un éxito clamoroso. Era el principio de una vida dedicada al cante.

Su pregonar causó sensación y no sólo por la juventud del voceador; de sus coplas se desprendían cascada arcanos melismas orientales